



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

TRABAJO FINAL DE GRADO

Modalidad: Monografía

Conductas de Riesgo en Varones Adolescentes

Tutor: Prof. Adj. Dr. Gonzalo Corbo

Revisor: Profa. Agda. Dra. Pilar Bacci

Estudiante: Álda de Los Santos

C.I.: 4.905.355-3

Facultad de Psicología Universidad de la República

Montevideo, Uruguay

Febrero 2026

Índice

Resumen.....	3
Introducción.....	4
Capítulo 1	
Contextualización de la Noción de Adolescencia.....	6
De la infancia a la Adolescencia.....	6
Conceptualización Psicoanalítica de la Adolescencia.....	9
Capítulo 2	
Conductas de riesgo.....	15
<i>Acting Out</i> y Pasaje al Acto.....	20
La Masculinidad en las Conductas de Riesgo.....	22
Reflexiones finales.....	26
Referencias bibliográficas.....	28

Resumen

El presente trabajo busca aportar una posible mirada a las conductas de riesgo efectuadas por adolescentes varones desde una breve revisión teórica. Se aborda esta problemática desde los aportes que realiza el psicoanálisis sobre el desarrollo psíquico del niño, con el fin de comprender así el tránsito por la adolescencia. Se mencionan los desafíos correspondientes a dicho momento y la relevancia del contexto cultural y sociohistórico, así como la incidencia de las figuras parentales y del grupo de pares. La adolescencia expresa en diversas conductas la búsqueda de una construcción y transformación de sí mismo, donde la dificultad de contar con recursos adecuados puede conducir a que estas impliquen riesgos para la vida y desarrollo de ellos. Se expone así, una posible forma de comprender las conductas de riesgo, vinculándolas a su vez con la construcción social de masculinidad. En este sentido, la reflexión se orienta a brindar elementos para problematizar las conductas de riesgo en adolescentes varones, desde una mirada que contemple las distintas aristas que pueden haber en la acción tomada.

Palabras clave: Adolescencia, conductas de riesgo, y masculinidad.

Introducción

La presente monografía corresponde al trabajo final de grado de la Facultad de Psicología Udelar, procurando que su elaboración facilite reflexionar sobre las conductas de riesgo realizadas por adolescentes varones.

La elección de la temática deviene de que en la actualidad se observan innumerables noticias que involucran a los adolescentes, particularmente varones, con la imprudencia en la conducción de vehículos, y donde las estadísticas respaldan dicha observación (Unidad Nacional de Seguridad Vial [UNASEV], 2025), generando así la interrogante: ¿por qué los adolescentes varones son mayoritariamente los protagonistas de estas conductas?

Es a partir de este cuestionamiento que se propone realizar una mirada a la problemática planteada, por lo que el desarrollo del trabajo se orientará inicialmente a abordar la noción de adolescencia, realizando un breve recorrido por el desarrollo psíquico del niño hasta la misma, con una puntualización en relación a las transformaciones que vive en ese tránsito. La adolescencia puede pensarse desde lo multifactorial, dónde no solo hay un empuje puberal sino también una salida desde lo familiar a lo colectivo (Rodríguez, 2018). De este modo se puede comprender que la noción de adolescencia trasciende el cambio de la esfera de lo biológico, incluyendo a su vez la vida social, donde deberá articularse el rol social con el cuerpo, ambos novedosos para este tiempo (De Lellis, 2022).

La adolescencia trae consigo cambios, en tanto lo conocido se vuelve extraño, comenzando con el propio cuerpo, y demandando al adolescente a buscar formas de dar sentido a lo que irrumpe (De Lellis, 2022). Es en este tránsito que deberá realizar duelos que le permitan reordenar, pudiendo acceder a conductas como forma de ritos que le faciliten el desarrollo hacia una identidad, aspecto que se encontrará particularmente en crisis (Uribe, 2011). Por esto, se busca reflexionar y articular desde el psicoanálisis, dando cuenta de las diversas dificultades por las que atraviesa el adolescente, entre ellas lo referente a su identidad y la relevancia de su entorno. Especialmente tomando en consideración que en la actualidad el sufrimiento y las dificultades de los adolescentes no encuentran lugar de expresión a través de la palabra, donde por el contrario lo gritan en el cuerpo (Janin, 2019).

En un segundo apartado, se presentarán las conductas de riesgo por un lado dando cuenta de que estas hacen al tránsito por la adolescencia, como búsqueda de límites propios y afirmación de la identidad, pero a su vez también incluyendo los aportes del sociólogo y antropólogo David Le Bretón, donde se entienden a dichas conductas como una

forma de accionar frente al malestar que se vivencia en algunas adolescencias. Estas conductas como se verá son una interrogación del sentido de la propia existencia, una forma de recurrir al cuerpo como recuperación del control frente al malestar de vivir (Le Bretón, 2014).

Posteriormente se articularán dos fenómenos posibles para leer esas conductas de riesgo: el *Acting out* y el Pasaje al Acto, dando espacio a la reflexión sobre cómo la falta de disponibilidad del Otro en la actualidad, facilita esta vía. Finalmente se presenta brevemente el informe de la UNASEV que refleja la participación mayoritaria de varones en siniestros de tránsito en Uruguay. Por lo que se incluye una problematización de la construcción social de la masculinidad y sus representaciones, ampliando lo mencionado sobre las conductas de riesgo, al entender que estas referencian también un modo en que la masculinidad hegemónica expresa su virilidad.

Capítulo 1

Contextualización de la Noción de Adolescencia

El concepto de Adolescencia puede considerarse históricamente reciente, ya que en la antigüedad se entendía que de la niñez se pasaba a la edad adulta, donde la pubertad era solo fisiológica, celebrándose en algunas culturas con una ceremonia religiosa que marcaba el paso a la adultez, accediendo a tener los mismos derechos y deberes, es decir, trabajar, unirse al ejército, etc. (Krauskopf, 2007). Es así que puede observarse que no se hablaba de adolescencia ya que se concebía una idea de pubertad en relación a la maduración sexual y cambios orgánicos, donde resultaba fundamental marcar el paso mediante algún rito (Luzuriaga, 2013).

Posteriormente con la industrialización, surge la adscripción por edades específicas a la escuela, provocando la separación con los adultos trabajadores, donde los jóvenes pasan a ser controlados por la escuela y la familia. En el siglo XIX se evidencia una división de la vida marcada por derechos y deberes, se dan los grados de estudios, escuelas infantiles y universidades, no obstante no todos quedaban divididos por estas regulaciones (Krauskopf, 2007). La división mencionada, estaba supeditada al estrato social al que se pertenecía, ya que en las clases populares, los niños trabajaban desde edades tempranas, por lo que se pasaba directamente a la adultez (De Lellis, 2022).

En 1904 con la publicación del libro *Adolescencia* del psicólogo estadounidense Stanley Hall, fue la primera vez que se la describe como tal, por esto se lo consideró el padre de la adolescencia. Enuncia allí los cambios biológicos del periodo adolescente como momento de crisis, cambios de humor, conflictos en lo escolar y familiar (Krauskopf, 2007). Por otro lado, en 1951 la publicación de la novela *The Catcher in the Rye* de Jerome Salinger describe a los adolescentes como proactivos, tendientes a tomar conductas de riesgo, con desprecio por las normas y decepción del mundo adulto. Podría pensarse así que la adolescencia resulta de una concepción fruto de la modernidad, donde el desarrollo industrial, el crecimiento demográfico, y los avances económicos, condujeron a que sea necesario poder realizar una caracterización de este momento etario (Luzuriaga, 2013).

De la infancia a la Adolescencia

Para el siglo XX se veía al adolescente como quien se prepara para la madurez, definidos desde una visión adultocéntrica para un futuro ya estructurado, por lo que diversos autores lo determinan como un periodo de transición marcado por crisis (Krauskopf, 2007). Será a través de los aportes de Freud sobre la teoría sexual, que se sentarán las bases para los estudios de la adolescencia desde el psicoanálisis (Luzuriaga, 2013).

Estos aportes marcan el comienzo de la adolescencia a través de los cambios biológicos, visibilizando dicha transformación en la denominada pubertad, pero además hace mención de aspectos psíquicos por los que el adolescente transita.

Se considera pertinente en este punto realizar un breve recorrido sobre la sexualidad infantil del varón, para comprender el desarrollo del psiquismo desde la infancia hasta la entrada de la adolescencia, y así poder visualizar qué de ese pasado se debe transformar en dicha transición.

Es así que Freud en su obra *Tres Ensayos de Teoría sexual* (1905/1992) presentará al niño como un sujeto sexualizado, visualizando el camino de la pulsión sexual hasta hallar el objeto; describirá en este sentido las fases por las que transita denominándolas: fase oral, sádico-anal, latencia y genital; donde posteriormente en su texto *La Organización Genital Infantil* (1923/1992) adicionará una fase anterior a la de latencia, llamada fase fálica.

Las dos primeras, dirá Freud (1905/1992), se comprenden dentro de la organización sexual pregenital, tratándose de zonas erógenas, es decir de intercambio por el cuidado de un otro, donde encontrarán su meta las pulsiones parciales, y siendo el chupeteo, el primer intercambio, lo que hará de la madre un Otro primordial. Luego se añadirá el intercambio desde el control de los esfínteres, desde lo activo-pasivo en los movimientos de retención y expulsión, lo que permitirá que progresivamente pueda realizar una discriminación en opuestos (Freud, 1923/1992).

Por su parte, la tercera fase será la fálica, donde las pulsiones aún no se encuentran unificadas, diferenciándose así de la organización definitiva adulta, cabe señalar que para ambos sexos, solo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo (Freud, 1923/1992). No obstante cobra importancia cuando el varón en búsqueda de encontrar iguales descubre que la niña carece de pene, pero supone que está allí y que en algún momento va a crecer, sin embargo termina por llegar a la conclusión de que estuvo y fue removido como resultado de una castración. Esto ocurre debido a que el niño en su investigación y sensaciones, presenta una profusa ocupación manual en sus genitales, pero los adultos no están de acuerdo con ese obrar, por lo que la amenaza de castración es anunciada (Freud, 1924/1992).

Paralelamente a la fase fálica se encontrará el denominado Complejo de Edipo, donde se hace referencia a la existencia temprana de una preferencia sexual hacia el progenitor del sexo opuesto y sentimientos de competencia hacia el progenitor del mismo sexo (Freud, 1900/1991). Por su parte Lacan (1957-1958/2010), retoma y describe el Complejo de Edipo en tres tiempos, planteando que el primero es donde el niño es el objeto de deseo de la madre, identificándose así con el falo imaginario. En un segundo tiempo el padre aparece privando a la madre y al niño, es decir, como interdictor del incesto, donde el *Nombre-del-Padre* dicta la ley. Finalmente en el tercer tiempo, el autor sostiene que es el

momento donde radica la posibilidad de salida del Complejo de Edipo, el padre ya no es el falo, sino que es quien lo tiene, por lo que puede dar o negar, identificándose el niño con él, identificación que será precursora del *superyó*, incorporando así el *ideal del yo*. Sucederá entonces el distanciamiento al respecto del narcisismo primario, donde la libido volcada al interior del sujeto pasará a los objetos, en tanto se orienta a la búsqueda del ideal del yo determinado desde afuera (Freud, 1914/1992).

En síntesis, la satisfacción amorosa hacia el progenitor del sexo opuesto significará la pérdida de un objeto fuertemente investido, en calidad de castigo, dando curso así a la formación del *superyó* cuando la autoridad del padre es introyectada en el yo, prohibiendo el incesto. Será este temor lo que conducirá a la sublimación de las aspiraciones libidinosas, inhibido en su meta y mudando en mociones tiernas, dejando la investidura libidinosa de objetos parentales, siendo sustituidas posteriormente por identificación (Freud, 1924/1992).

La fase fálica es contemporánea al complejo de Edipo, donde su desarrollo se verá interrumpido pero se retomará en la organización genital definitiva, donde tras su declinación se dará comienzo al periodo de latencia (Freud, 1924/1992). Con la entrada a esta fase es que se edificarán los poderes anímicos llamados diques por su función, ya que más adelante serán inhibiciones de la pulsión sexual, alguno de ellos son el asco y la vergüenza, entre otros fijados hereditariamente. En esta fase se da lo que Freud llamó amnesia infantil, haciendo referencia a que las impresiones vividas hasta ese momento son apartadas de la conciencia, dejando huella y siendo determinantes en el posterior desarrollo.

Cómo última fase, se dará el primado de lo genital donde las zonas erógenas se subordinan a la primera (Freud, 1905/1992). Será en la pubertad entonces, donde se produzca la diferenciación de sexos, debido a un crecimiento de los genitales, inaugurando así la producción de elementos genésicos, lo que marcará la posibilidad reproductiva, de esta forma las zonas erógenas serán el placer previo que posibilitará el placer final (Freud, 1905/1992). En este momento es que se dará la reviviscencia del complejo de Edipo y el hallazgo del objeto exogámico, esta elección se consumará inicialmente en la fantasía, al reactivarse las figuras de la infancia, donde se produce la separación del padre y el pasaje del vínculo afectivo con la madre, a una mujer (Amadeo, 2015).

Se podrán pensar entonces tres momentos significativos en relación a la estructuración psíquica, por un lado la represión primaria, por el otro la metáfora paterna y junto a ella el surgimiento del *superyó*, y finalmente lo correspondiente a la adolescencia, donde la pulsión sexual reactivada, conduce a la contradicción de los vínculos con lo paterno y materno, debido a la búsqueda de una resignificación identitaria, brindando así la posibilidad de dirigirse a lo exogámico (Rodríguez, 2018).

Conceptualización Psicoanalítica de la Adolescencia

Flechner (2009) propone a la adolescencia desde la concepción de transición, como un *palimpsesto* donde lo anterior vivido será la base de una nueva historia. Se puede pensar así que “desde el psicoanálisis, partimos de la idea de la adolescencia como un momento de pasaje . . . el tiempo . . . que va de la niñez a la adultez” (Amadeo, 2015, p.93).

En consonancia Lutereau (2019) plantea que la adolescencia es una transición, dónde no solo se deja atrás un pasado, el de la infancia, sino donde se elige una vida, siendo por tanto una transición dada por aspectos biológicos acompañados de procesos psíquicos. Resulta entonces un período marcado por las transformaciones y transiciones, donde la constante es el cambio, facilitando la posibilidad de que emerjan conflictos anteriores, sostenidos en un entretejido arcaico de representación, donde se abrirá el paso a la construcción de pensamientos novedosos (Janin, 2019).

Se puede decir por tanto que en la adolescencia hay algo de lo vivido que se pone en juego, algo del pasado que recobra importancia en este momento. Motivo por el cual, diversos autores plantean a la adolescencia desde la concepción de crisis, en relación al desarrollo del aparato psíquico que se mencionó con anterioridad.

En relación a la crisis, Nasio (2012) hará una distinción entre *crisis de la adolescencia* y *adolescente en crisis*, diferenciando que en la primera se observa ese periodo en el que la infancia no ha sido apagada del todo, y donde la madurez no ha terminado de surgir, mientras que la segunda se vincula con una conducta disruptiva en la que el adolescente presenta un comportamiento agresivo o adictivo. Es así que el adolescente deberá pasar por una *tormenta psíquica* producto del duelo por la infancia perdida y el asalto de las pulsiones. Esta tormenta se deberá a los cambios corporales que se dan en la pubertad e irrumpen en el aparato psíquico haciendo que este se desacomode, ya que no está en condiciones de asumir las representaciones del nuevo cuerpo, por lo que el adolescente se sentirá confundido, perdido hasta que logre reeditar nuevas representaciones y nuevas identificaciones (Freire y Maggi, 1992).

El niño dejará su cuerpo anterior conocido para adaptarse a uno nuevo, donde en esta transición se pierde la identidad infantil para construir una nueva, implicando más que una pérdida propiamente dicha, una transformación en la búsqueda de una nueva identidad, donde al dejar el cuerpo conocido, la propia imagen resulta extraña (Freire, 1963).

Sobre esto último Janin (2019) plantea que tanto las percepciones internas del adolescente como la mirada de los otros, lo enfrentan a un cuerpo ante el que no tiene control, lo que demandaría no solo transitar el duelo por el cuerpo infantil y el lugar de este, sino también la necesidad de renunciar a las precedentes identificaciones, duelar y

separarse así de los padres idealizados, y reorganizar un narcisismo amenazado por todo este tránsito, debiendo enfrentarse y concretar nuevos desafíos.

La adolescencia estará marcada por una erupción pulsional, dónde no solo dejará atrás un cuerpo infantil, sino además la protección de sus padres, la dependencia a estos y la omnipotencia que les atribuía en búsqueda de la independencia, habrá deseos de liberarse de la dependencia y reglas del ámbito familiar (Abadi de Taraciuk, 1990). Desde esta lógica, la adolescencia podrá ser entendida como una crisis esencialmente narcisista, un narcisismo del ser donde hay un desdibujamiento del yo y sus ideales (Freire y Maggi, 1992).

Es por tanto un momento caracterizado por una lucha interna, donde se destituye al padre del lugar de ideal, abandonando esa identificación, para dar lugar a nuevos ideales, momento caracterizado por la rebeldía, la ambivalencia y el cuestionamiento al padre que hasta ese momento era la verdad para el niño (Amadeo, 2015).

No obstante, si bien el adolescente buscará arrancar de sí lo que le recuerde a las identificaciones con sus padres, él es producto de estas, y no será posible renunciar a ellas sin renunciar a partes de sí mismo. Los padres dejarán de ser idealizados y se buscará en el entorno, aquellos a donde dirigir las investiduras libidinales, por esto la importancia del entorno como sostén narcisista (Janin, 2019).

Tomando esto en consideración es que resulta pertinente detenerse por un momento en la noción de narcisismo, ya que como fue mencionado la adolescencia se caracteriza por una crisis debido a la pérdida del equilibrio narcisista, del lugar en la familia, transcurriendo por un duelo del yo, que buscará su lugar.

Freud realizó diversas reformulaciones sobre la noción de Narcisismo, donde en referencia a lo que nomina como narcisismo primario, lo plantea como una hipótesis, ya que no lo determina a través de la observación, sino de la deducción de que en el bebé no hay un yo, pero que se desarrollará a través de la satisfacción de la libido en el propio cuerpo. Aquí radicará la importancia de los padres en su amor, ya que este es una reproducción del narcisismo de los padres al atribuirle a *su majestad el bebé* todas las perfecciones. De esta forma se crea un espacio de omnipotencia debido a la inmortalidad del yo de los padres proyectado al niño y el narcisismo naciente de este último, inscribiendo de este modo las imágenes y palabras de los padres (Freud, 1914/1992).

Por su parte, Lacan (1949/2009), conceptualiza el narcisismo a través de la postulación del estadio del espejo, produciéndose entre los seis y dieciocho meses en tres momentos progresivos. El niño inicialmente reconocerá su propia imagen en el espejo, dándose así una *identificación primordial*, momento de construcción en relación con lo exterior, alejándose de la fragmentación sobre sí mismo, y facilitando acercarse a una sensación de totalidad, siendo por tanto la matriz del yo a nivel simbólico. Posteriormente

queda destacada la importancia del Otro, en tanto su mirada y la nominación que hace de la propia imagen del niño, serán clave para la constitución del sujeto, donde lo devuelto por este representaría el verdadero espejo, imagen que podría considerarse el yo-ideal. Será en el Otro entonces que se constituirá el deseo, pero al este ser inhabitable será el ideal del yo quien regulará, estadio así pilar para el desarrollo del sujeto.

El narcisismo expresa por tanto una experiencia clave, como parte de la pulsión de autoconservación a partir de la cual se desarrollará el yo, el cual no se encuentra presente desde el inicio, sino que ligado al autoerotismo generará un movimiento psíquico que dará como resultado su emergencia (de Oliveira et al., 2020). Este movimiento se debe a que el niño debe enfrentarse a un ideal, ya que observa que su madre desea más allá de él, donde se genera una herida al narcisismo primario, siendo sometido el niño de esta forma, a las exigencias del mundo exterior (Nasio, 1996).

El yo quedaría por tanto conformado por su relación con los otros, siendo el punto desde el cual el sujeto logrará construir una imagen de sí mismo, pudiendo visualizarse en dos nociones como son la identificación y el ideal del yo (de Oliveira et al., 2020). En esta relación con los otros el niño buscará reconquistar el amor que ha perdido, procurando acceder a la inmediatez de ese amor, y volver así al narcisismo primario, donde sujeto a las exigencias del ideal del yo, irán surgiendo las identificaciones tras investir los objetos, resultando el yo en un conjunto de rasgos de objetos abandonados (Nasio, 1996).

Se podría decir entonces que el ideal del yo es el heredero del complejo de Edipo, siendo lo que se aspira alcanzar (Ojeda, 2016). Por lo que la pregunta que surgiría es: ¿Qué de este narcisismo entra en juego en la adolescencia? El adolescente deberá desprenderse de sus ideales infantiles y de la omnipotencia, buscar una imagen, reconociéndose y reconociendo su entorno; en este repliegue narcisista hay un desdibujamiento del yo y una búsqueda de encontrar el narcisismo perdido y una nueva identidad. Por lo que en esta etapa deberá transitar un duelo por la pérdida de su cuerpo, de su yo, de los ideales, donde para que esto pueda desenvolverse implica un acto creativo (Freire y Maggi, 1992).

El adolescente destituye al padre del lugar del ideal y buscará nuevas identificaciones, nuevos ideales, crisis que marcará el abandono de identificaciones endogámicas para pasar a las exogámicas (Amadeo, 2015). Por lo que será de esta forma, que se procurarán nuevas identificaciones que suplanten a las infantiles (Garbarino et al., 1987).

En esta búsqueda de cambio hay una sensación de pérdida de control, ya que no se reconoce a sí mismo, debiendo volver a hacerlo, en este sentido es que surgen los miedos por lo desconocido, donde al buscar salirse del amparo familiar, vivencia sentimientos de

soledad y desamparo, procurando por tanto encontrar seguridad en su grupo de pares (Abadi de Taraciuk, 1990).

Esto ocurre al mismo tiempo que se produce una resignificación, donde lo depositado por otros significativos entrará en colisión, facilitando así que pueda darse un reordenamiento identificador que permita reescribir su propia historia, y donde lo revivido será el punto de partida para que esto sea posible (Kancyper, 2013). Es en esta línea que se puede decir que existe un equilibrio en la economía del conflicto psíquico, pero al haber una remodelación del superyó, surge una defensa narcisista que logra estabilizar las nuevas identificaciones (Moguillansky, 2015). En este desdibujamiento del yo, a partir de la pérdida de la identidad construida hasta el momento, se observa también la pérdida de límites del cuerpo, donde se pone de manifiesto la percepción de la muerte, pero no como una finalización de la vida, sino como un cambio de forma de esta (Freire y Maggi, 1992).

El yo adolescente se encuentra atravesado por contradicciones, buscando hacer frente a la confusión con estrategias, ya sean defensas narcisistas o asociaciones en masa con otros. El narcisismo queda a su vez, capitalizado en la transición de poder entre el adolescente y sus padres, donde estos últimos deben resignar el ejercicio de un poder que ya habían perdido y el adolescente asumir su propio reinado (Moguillansky, 2015). Observándose por tanto, como el adolescente transcurre en una contradicción constante, entre la resistencia al cambio y el deseo de querer cambiar, lo que genera angustia por lo que se pierde, pero a su vez, temor por no crecer (Abadi de Taraciuk, 1990).

La transición adolescente implica un interjuego entre lo que se deja y lo novedoso, se aprehende algo nuevo mientras se pierde algo, integrándose así a la sucesión de generaciones. Aparece por tanto la angustia, debido a la desubicación entre lo que era, lo reciente, lo aprehendido y lo perdido; es así que el adolescente tiende a despegarse de las figuras parentales, transformándose los ideales del yo, cobrando relevancia lo introyectado en la infancia (Freire, 1963).

En esta línea, es que se dará la desidentificación, que libera al adolescente de lo anterior vivido, se trata de una reestructuración, donde buscará una regulación en la crisis narcisista por la que transita liberando el deseo para construir un futuro (Kancyper, 1990). De esta forma tendrá que abandonar una imagen, una representación de sí para adquirir una nueva, lo anterior vivido tiene un peso, operando de forma continua, dejando marcas, por lo que el trabajo para el adolescente, estará en realizar una ligazón de viejas y nuevas representaciones (Janin, 2015). De este modo, Erikson (2004) dirá que el adolescente se encuentra desconcertado teniendo un pasado a abandonar y un futuro al que identificar, el cual encuentra vacío e indefinido, de esta manera surge la necesidad de un equilibrio, lo que puede llevarlo a tomar acciones dónde se visualiza la ficción de un ritual.

Los cambios que presentan los adolescentes a nivel corporal serán uno de los

elementos de la construcción de identidad, ya que genera la pérdida de un esquema corporal referente a la infancia, para enfrentarse a un mundo adulto, orientándose a la reestructuración y por tanto produciendo una crisis (Freire, 1963). La desidentificación marca la pérdida del lugar y a su vez el paso del tiempo para los padres, resignificando ese lugar para ambos, pero donde el adolescente lo puede vivenciar como un desgarramiento de una parte propia, amenazado por una pérdida del sostén narcisista (Kancyper, 1990).

El adolescente es el nexo entre las generaciones, es quién incorpora nuevos ideales sociales, debido a los cambios constantes del mundo, que generan nuevas estructuras en la sociedad, y que hace que el comportamiento sea distinto al sistema de vida que tenían los padres, es así que el adulto al conseguir cierta estabilidad tiende a tener dificultad para asimilar los cambios, de esta forma el niño llega a la adolescencia con un mundo interno constituido a partir de la introyección de las figuras parentales que difieren del mundo actual (Freire, 1963). La desidentificación marcará un dejar ser, abandonando la imagen idealizada de los padres, alejándose de las identificaciones anteriores, de lo que hasta ese momento era fuente de seguridad (Kancyper, 1990).

El adolescente en este intento de separación, busca extraer de sí lo que se encuentre en relación con estos aspectos anteriores, sin embargo, él ya es rasgos de las mismas identificaciones que hasta el momento lo sostuvieron, donde la extracción sería más bien una especie de desmembramiento (Janin, 2015). Es así que el adolescente es quien puede absorber valores modernos, integrarlos a los tradicionales, para ser admitido como adulto, aprehendiendo nuevos ideales sociales (Freire, 1963).

El adolescente buscará reemplazar en su grupo de pares la identificación que tenía con el padre, donde el malestar vinculado a la identidad propia se atenúan en el grupo de pares, encontrando sostén, una referencia de comportamiento y un espacio de intercambio. Las nuevas generaciones se desarrollan bajo la influencia de una cultura dominada por el consumo y la publicidad, lo que profundiza la distancia entre estas, los “otros significativos” son celebridades, figuras de los medios, la transmisión circula entre los pares fuera del alcance de los padres, quedando inmersos en un reservorio de marketing y consumo (Le Bretón, 2014).

Es así que la actualidad para Amadeo (2015) está determinada por nuevas formas del goce, a lo que llamará *un ideal contemporáneo del goce* por lo que dirá que los adolescentes hacen una definición del sujeto desde las formas de gozar (p.100).

Las metas de los adolescentes actuales se configuran a partir del sentido de la existencia, la pertenencia social y la expresión de la identidad personal, lo cotidiano se presenta como un desafío y posible fuente de gratificación, no coinciden con el futuro proyectado por los adultos, el porvenir genera incertidumbre, es así que la cantidad de innovaciones, de información y la exposición a la cultura comercial, hacen que el adolescente deba efectuar

esfuerzos para integrar todos estos insumos, donde estas dinámicas sin las condiciones adecuadas puede favorecer la aparición de riesgos (Krauskopf, 2003).

El adolescente vive como un estilo propio lo que ha consumido a través del marketing y la publicidad, encontrando en la apariencia un lugar central para su identidad y autoestima (Le Bretón, 2014); de esta forma y retomando las nociones ya planteadas es que se puede pensar en el grupo de pares como habilitadores de las conductas de riesgo dónde a través de ellas y bajo la sociedad actual el adolescente encuentra una forma de identidad propia.

Capítulo 2

Conductas de riesgo

Resulta necesario detenerse en el término riesgo, ya que es un constructo social que varía según el tiempo y el lugar, la noción del mismo ha ido cambiando y evolucionado con la sociedad, dejando de ser una causa del destino, para transformarse en algo previsible, asociado a una vulnerabilidad de la condición humana (Le Bretón 2011).

En la actualidad el uso del término riesgo se hizo masivo, guardando su relación con la incertidumbre, sin embargo cuando se habla de conductas de riesgo se resalta la toma de decisiones, destacando que hay algo de la acción del propio individuo que se pone de manifiesto (Krauskopf, 2003).

Es así que resulta pertinente considerar los cambios sociales, ya que han provocado una sociedad de vacío, de incongruencias, donde en la necesidad de confrontar del adolescente, podrían reconocerse los obstáculos a los que se enfrenta debido a la falta de orientación estructurante que la sociedad le brinda (Krauskopf, 2003). En las sociedades anteriores el cambio de la infancia a la adultez estaba marcado por un rito de iniciación, que brindaba una identidad y una muerte simbólica por lo que se dejaba atrás, y un reconocimiento social marcado muchas veces por una huella física, una marca en el cuerpo que muestra la iniciación, esta podría ser un tatuaje, una amputación, o una perforación, entre otras. Este dolor marcaba el cambio, el nuevo estatuto, la nueva identidad (Le Breton, 2014).

En consonancia, Jeammet (2002) dirá que los ritos de iniciación nunca son suaves, traen consigo marcas en el cuerpo, pudiendo llegar a poner en peligro la vida, cicatrices que operan como forma de testimonio de la ruptura con lo anterior vivido, llevando a buscar nuevas identificaciones y algo que sostenga su narcisismo tras exigencias internas. En la actualidad no hay un rito que marque el inicio de una nueva etapa y con ello los valores a seguir, será desde el surgimiento de los conflictos por los cambios biológicos y psíquicos que surge la posibilidad de un nuevo rol y la construcción de la propia identidad, esta búsqueda hará que sea una transición conflictiva a la adultez, donde adicionalmente la cultura marcará según el sexo la forma de tratar esa transición, pero sin las condiciones adecuadas de sostén puede hacer surgir ciertos riesgos (Krauskopf, 2003).

En este mismo sentido la percepción del riesgo no es objetiva, sino que tendrá que ver con representaciones sociales y culturales, con la subjetividad del individuo, por lo que la representación de este, será una valoración personal, donde la exposición al peligro persiste debido al placer de poner a prueba su existencia. Por su parte la objetividad del riesgo se dará en los debates del marco político y social (Le Bretón, 2011), donde la

población en general tiende a tener un sentimiento de inmunidad, minimizando la probabilidad de que algo salga mal, subestimando así los riesgos (Douglas, 1996).

En suma, las nociones de riesgo son construidas por cada sociedad y tendrán que ver con acciones propias del individuo, por lo que el riesgo será en contexto y estará codificado por la interacción social, dónde en gran parte se subestima al suponer cierto control sobre él (Farias, 2006).

En este sentido, el intercambio constante que realiza el adolescente con la muerte se caracteriza por una doble dimensión, por la utilización de esta en forma simbólica y/o real, quedando particularmente entrelazadas en la adolescencia, y refiriendo por un lado a la escenificación de la actualización de conflictos anteriores y la identidad emergente, y por el otro una acción que enuncia el quiebre entre pensamiento y acto, como camino sin retorno, cambio radical y definitivo que implica su presencia (Flechner, 2000). Freud en *Nuestra actitud hacia la muerte* (1915/1992) menciona que la sociedad tiende a hacer a la muerte a un lado, ya que se está de algún modo creído de su inmortalidad. Por lo que el sujeto no cree que va a morir, dado que la vida pensada desde considerar que la muerte implica un fin, hace que la propia vida se considere empobrecida.

Esto permitiría comprender en el accionar del adolescente, su sentimiento de inmortalidad, por lo que el temor a morir se encuentra ausente, estando la muerte a la mano (Janin, 2015). Es así que, en esta búsqueda de ruptura con el mundo muestra un sufrimiento narcisista, donde la muerte puede por momentos no ser visualizada como la finalización de la vida (Freire y Maggi, 1992). En este sentido, los primeros tiempos de la adolescencia, se caracterizan por la carencia de una visión de la muerte como irreversible, creyéndose así inalcanzables por ella, especiales, diferentes, no sintiéndose afectados debido a su inagotable vitalidad, sino que por el contrario, el juego con ella aporta autoestima, donde la prueba superada le brindará al adolescente un sentimiento de omnipotencia, exaltación y valor propio de su existencia, como forma de anclar el cuerpo al mundo. En esta búsqueda de sentido de su existencia, el adolescente demanda a la muerte a través de las conductas de riesgo, si logra escapar a esta, cobra una nueva legitimidad, es así que en un modo de ordalía inconsciente individual, se entrega al azar y se realiza un intercambio simbólico con la muerte para garantizar la vida como resultado de esta prueba y en respuesta a sus crisis, aportando el sentimiento de haber dejado su antigua piel (Le Bretón, 2011).

Se puede decir entonces que los cambios biológicos y psíquicos por los que se transcurre en la adolescencia generan sufrimiento para el sujeto debido a su valor personal, así como falta de sentido orientador (Le Breton, 2017).

En consonancia con lo desarrollado, es que podría comprenderse la conceptualización que realizan Aberastury y Knobel (2010), quienes plantean lo difícil de

diferenciar entre lo normal y lo patológico en los adolescentes, ya que lo esperable, lo normal, es la crisis, el movimiento, caracterizándose más que por la estabilización, por ser un proceso. Será así, que los autores subsumieron la inestabilidad y desequilibrio por los que atraviesan los adolescentes, entendiendo que es el producto del propio recorrido evolutivo, y nominándolo por tanto como *Síndrome Normal de la Adolescencia*. Este síndrome, será el recorrido imperioso para que se consolide la identidad, donde para que esto ocurra, los duelos en tres planos serán condición necesaria, dejando atrás lo infantil conocido, tanto en relación al cuerpo, a la identidad, y a los padres; donde se le adiciona, el enfrentarse a un mundo adulto para el que aún no cuenta con los medios esperados.

Sí esta transición se da en un contexto donde el adolescente no tenga con quién confrontar, donde se sienta insignificante, o no se sienta incluido en la familia, se corre el riesgo de que el proceso se viva de forma dolorosa. Los padres tienen así la función primordial de marcar límites, contener, dar un sentido de valor, por lo que, la carencia de este apoyo puede llevar al adolescente a enfrentarse al mundo con su propio cuerpo en búsqueda de límites, de marcas para escapar al vacío (Le Bretón, 2011). En esta línea, Ojeda (2016) expresa que no solo se darán estos duelos, sino que al encontrarse el mundo adulto haciendo frente a ansiedades que consideraba que ya había resuelto, el adolescente quedará como pantalla frente a la cual sus padres proyectarán aspectos que perciben como sus propias fallas adolescentes, visualizándose aristas narcisistas parentales. En este transcurso se hará presente la angustia por la falta de confirmación narcisista, donde uno de sus objetivos será encontrar nuevas identificaciones, lo que trae aparejado angustia y el intento de una salida de la misma (Garbarino et al., 1987).

El adolescente deberá así despojarse de lo adquirido en la infancia, para progresivamente adquirir valores adultos, momento caracterizado por rupturas, desconcierto, extrañeza y metamorfosis (Le Bretón, 2011). Esta transición a un mundo desconocido trae consigo variados conflictos y transformaciones que también impactarán en los padres, el adolescente tendrán tanto tendencias al cambio como conservadoras, dándose de forma dinámica actitudes infantiles y maduras, forma en la que irá buscando una nueva realidad, la búsqueda por transformar el mundo y rechazar a su vez lo rutinario (Garbarino y Garbarino, 1961).

Se puede comprender así la noción de adolescente en crisis, como un modo de designar el sufrimiento en el transitar adolescente, marcado por duelos y crisis propiamente narcisistas, donde las conductas de riesgo resultan en algunos casos, un campo propicio para tramitar el malestar. Por lo que dependiendo de con qué intensidad lo viva, el adolescente podrá ponerlo en acto a través de comportamientos riesgosos, ante la imposibilidad de expresar en palabras, o identificar qué siente (Nasio, 2012).

Será por esto que el adolescente buscará apoyo donde sostener su narcisismo en jaque, buscando volver a recuperar su omnipotencia infantil, camino que se encuentra condicionado por los reaseguros que le pueda brindar el mundo exterior (Janin, 2019). En esta línea, se puede presentar una actitud de oposición, al sentirse incomprendido, por lo que el carácter de las dificultades del adolescente son bidimensionales, ya que no solo lo afectan a él sino que además a su entorno, donde la falta de comunicación con su familia conduce a la presencia de sentimientos de soledad (Garbarino y Garbarino, 1961).

La disipación entre las fronteras generacionales y el ejercicio de la función de autoridad ha sido claudicada, por lo que la tarea de los adultos, que era marcar un límite, y que por oposición a estos permitiera construirse, en la actualidad al encontrarse desdibujada, genera que los jóvenes no encuentren referencias firmes. Esto podría observarse en la predominancia actual de adultos que buscan ser compañeros de sus hijos, mostrarse jóvenes, lo que dificulta que el adolescente pueda construir su propia identidad, marcando por el contrario una dificultad por la que atraviesan en su pasaje hacia la edad adulta donde proyectar un porvenir (Le Bretón, 2011). En consonancia, Krauskopf (2003) sostiene que cuando el contexto estructurante es deficitario, al igual que las bases para la búsqueda de identidad propia, el adolescente se vuelve vulnerable y busca mediante conductas de riesgo sensaciones de gratificación, logro y reconocimiento, para así afirmar su autoestima; de esta forma busca anesthesiarse para no sentir.

Si bien existen entonces variadas reflexiones sobre la concepción de las conductas de riesgo, aquí se propone el enfoque planteado por Le Bretón (2011), quien expone que hay una diferencia en correr riesgos y ponerse en riesgo. El primero tendrá su relación con actividades deportivas extremas o pasatiempos de esta índole, que buscarán de esta forma intensificar su vida, a la que perciben rutinaria, donde el correr estos riesgos es una forma de huir de esta. Por su parte, ponerse en riesgo implica la carencia en el lazo social y la presencia de conflictos con la identidad. No obstante, más allá de las diferencias, en ambos casos se intenta enfrentar simbólicamente a la muerte, para darle sentido a la vida. Por este motivo, el autor manifiesta que puede comprenderse que “para las jóvenes generaciones, las conductas de riesgo son formas de resistencia a una amenaza identitaria, son la última manera de mantener una relación de sentidos entre el mundo y sí mismo. El sufrimiento es en ellos la razón de ser de sus enfrentamientos simbólicos con la muerte, las conductas nacen de un defecto de integración” (p.89).

Las conductas de riesgo definidas de esta forma son la respuesta que encuentra el adolescente para dar sentido a su vida, encontrar una forma de aferrarse a esta, afirmando su narcisismo, dando sentido y tal vez tiempo después pueda encontrar el valor personal de su existencia. Se propone así que las conductas de riesgo operan como una salida del malestar, poniendo en relación al cuerpo y la sociedad, en un juego simbólico con la muerte

en búsqueda de poner a prueba sus propias capacidades físicas pero también de probar el sentido de su existencia (Le Breton, 2011). Algunas de las conductas que tomará el adolescente serán toxicomanías, alcoholismo, conducción peligrosa, desviaciones en la conducta alimentaria, agresiones, violencias, comportamientos suicidas, adhesión a sectas, fugas, comportamientos sexuales peligrosos, comportamiento delictivo, entre otros como una forma de enfrentarse al peligro y a la muerte (Flechner, 2000; Krauskopf, 2003; Le Breton, 2011).

En este contexto, través de nuevas identificaciones el adolescente podrá encontrar la forma transitoria de salir del sentimiento de vacío que experimenta por todo lo que sucede con su ser, es de esta forma que en el grupo de pares establecerá identificaciones de carácter mimético en búsqueda de una independencia que no tienen (Garbarino et al., 1987). El grupo opera entonces como una referencia, como orientador, brindando una identidad, y logrando así de modo transitorio afirmar su poder, mostrándose como transgresores (Krauskopf, 2003), brindando según su configuración y características un espacio de cuidado y contención ante el destierro del mundo infantil, o por el contrario de riesgo y disrupción.

Es así que con el grupo de pares el adolescente podrá construirse transitoriamente una identidad propia, habitualmente en oposición con los adultos, y con aquello que marque la prohibición o la ley. Por su parte, en los casos de aquellos que asumen conductas de riesgo como forma de darle sentido a su vida, se observará que mediante las mismas realizan un intercambio con la muerte, a nivel de lo simbólico (Le Bretón, 2011).

Numerosos estudios respecto a la influencia del grupo de pares en el adolescente, muestran que las decisiones del mismo se conforman neutralizando aquellas que no forman parte del promedio, por otro lado, indican a su vez, que la influencia del grupo incita a la toma de riesgos brindando una percepción de seguridad donde la posición individual es sobrepasada y empujan al individuo a tomar decisiones que antes no hubiera tomado. Por lo que se concluye que en lo que respecta a las conductas de riesgo, el grupo de pares incita a la toma de las mismas como una forma de afirmar la identidad, provocando el pasaje al acto, estando vinculadas a la valorización que el grupo haga de las mismas (Le Bretón, 2011).

Para finalizar, en la adolescencia el cuerpo es uno de los elementos primordiales, ya que tiene que ver con la identidad que se deja pero también la que se debe construir, se produce un interjuego entre lo corporal, el yo y la sociedad, que implica perder algo para integrar lo nuevo, por lo que la angustia se hace presente ante el cambio que implica dejar atrás una identidad y su desorientación actual (Freire,1963). La intensificación de la individuación en la sociedad sumado a la carencia de los espacios de intercambio propios de los adolescentes, han llevado a priorizar la expresión en el propio cuerpo (Krauskopf,

2003). La piel es el vínculo con el mundo, es lo que se puede ver, es la forma de identificarse y distinguirse, es la interacción con los otros a través del contacto, delimitando un afuera y un adentro, donde mediante las huellas que deja en su cuerpo el adolescente intentará sobrellevar su existencia. Por lo que a través de las conductas de riesgo, el adolescente poniendo el cuerpo, podrá intentar acceder al control de su ser, pero también exponerse a consecuencias y marcas irreversibles (Le Bretón, 2011; 2017).

Acting Out y Pasaje al Acto

Ante un yo desorganizado y sin herramientas, el adolescente buscará la forma de reorganizarse. En algunas condiciones como ya fue mencionado, podrán darse conductas de riesgo ya sea como una forma de transmitir un mensaje a un Otro o como una forma directa de salir de ese desborde, por esto será necesario mencionar dos fenómenos posibles ante dicho sufrimiento: el *Acting Out* y el *Pasaje al Acto*.

El término *Acting Out* es un anglicismo que proviene de Agieren, expresión utilizada por primera vez por Freud en 1905, para interpretar la acción de la interrupción del tratamiento por parte de Dora. Si bien no se mencionó *acting out* como tal, cobró relevancia la actuación por sobre la asociación de ideas, en referencia a un actuar que irrumpe la conducta del individuo tendiente a repetirse sin preguntarse por su sentido (Jiménez-Betancourt y García Valdez, 2021). Por su parte, Laplanche y Pontalis (2004) plantean que el término *acting out* es usado para acciones que tienen un carácter impulsivo, aislable, y que pueden ser autoagresivas, expresión del retorno de lo reprimido.

En consonancia, ya Freud en *Recordar, repetir, reelaborar* (1914/1991) dirá que el analizado en vez de recordar repite, esto en referencia a una compulsión de repetición, donde lo reprimido vuelve como acción. Será en *Más allá del principio de placer* (1920/1992) que referirá a que esa acción es puesta en marcha por una tensión displacentera, pero que resultará en una producción de placer en tanto disminución de la primera; aquí se pondrá de manifiesto lo anterior vivido, lo que ayuda a pensar clínicamente lo inconsciente del actuar.

Este término se traduce al inglés como *to act out*, *to act* en referencia al ámbito teatral y *out* a exteriorizar algo interno, realizado rápidamente hasta la terminación de la acción. El *acting out*, se trataría por tanto de una mostración, un llamado, cuestionando el lugar de deseo que se ocupa ahora para ese Otro (Barredo y Paulucci, 1999). En relación al *Acting Out*, Lacan (1962–1963/2007) refiere a que es una demostración, en la medida de que habla pero que tiene algo invisible, algo que se muestra y llama a la interpretación.

Es así que una posible lectura de las conductas de riesgo tienen que ver con el malestar psíquico que se pone de manifiesto en esta acción. Teniendo presente que; un lugar en el lazo social no está dado solo por el hecho de nacer, cuando se da el intento de

pasar a la adultez se buscarán distintas estrategias, es así que la imposibilidad de poner en palabras el malestar obliga al cuerpo a descargar la tensión. De esta forma también se podrá pensar en la noción de rito de pasaje, de búsqueda de un lugar a ocupar, entrada a un grupo, predispuesto socialmente pero que conlleva malestar en la actualidad por la dificultad de dar significado a la existencia en esta transición (Le Bretón, 2011; 2017).

En esta misma línea, si el adolescente no tiene un otro con quién confrontar, si las identificaciones estructurantes que lo sostienen han sido frágiles, facilita que se aferre a algo/alguien para sostenerse, algo/alguien que lo haga sentirse existiendo (Janin, 2019), es así que termina actuando las conductas de riesgo, mostrando a través de ellas su malestar. De esta forma se alivia la tensión interna en una descarga parcial de los impulsos, en dónde se rememora de una forma disfrazada, lo que empeora cuando hay una debilidad narcisista del yo (Greenacre, 1993).

Es en esta dirección, frente a la desorientación, al sufrimiento inconsciente, a la falta de sostén, que el adolescente se mueve para evadirse de la escena (Lacan, 1962-1963/2007). Por este motivo es que podría comprenderse que el *acting out* puede terminar en un pasaje al acto, este último tras no encontrar respuesta del llamado al Otro, saliéndose de la escena para identificarse con el objeto (Barredo y Paulucci, 1999).

El pasaje al acto por su parte, es el paso del sujeto de una representación, al acto precisamente (Laplanche y Pontalis, 1996/2004). Será de esta forma, que algunos adolescentes en el pasaje al acto muestran la falta del Otro, dónde buscaron la evasión de la escena. Es salirse de la escena, dejarse caer de la misma, lo que marcará la diferencia con el *acting out*, ya que no se busca a un Otro, sino que se busca evadirse, donde por el contrario, el *acting out* tendrá su acento en mostrarse (Lacan, 1962-1963/2007).

Si bien puede haber conciencia del peligro, esta se mezcla con el malestar que se lleva a la acción, con la noción de ser indestructibles, con un sentimiento de omnipotencia al creer que no le va a pasar a él, siendo un grito a un Otro, una forma de testar el amor de este (Le Bretón, 2011), pero que sin la respuesta esperada se puede salir de la escena. Ambos fenómenos tendrán que ver entonces, con una posición del sujeto frente a la escena, esta última surge tras el advenimiento en el yo de una señal de peligro que no se puede expresar en palabras (Barredo y Paulucci, 1999). Esta señal es una angustia en el yo, el pasaje al acto en cambio es el momento de mayor embarazo del sujeto, es desde ese lugar que se sale de la escena (Lacan, 1962-1963/2007).

Es así que el *acting out* se diferencia del pasaje al acto en tanto este último no trata del pasaje a la acción sino de un paso al abismo (Jiménez-Betancourt y García Valdez, 2021). Se trata de un actuar intrusivo, de un momento de quiebre entre el pensamiento y el acto, que busca la satisfacción inmediata (Flechner, 2009), será un momento que dirigirá al adolescente a la conducta de riesgo, reemplazando lo que no se puede poner en palabras,

por lo que el no poder elaborar lo que se repite, lleva a que en una conducta inmediata se ponga el cuerpo por delante (Le Bretón, 2011).

Se observaría así, una emergencia impulsiva que llevará al adolescente a la acción donde cierto estado de desesperación pondrá entre paréntesis la posibilidad de representación (Flechner, 2000). En esta transición que vivencian los adolescentes, necesitan de quien haga de sostén a su narcisismo, de aquí dependerá de cómo transitan este proceso (Janin, 2019). Algunas de estas dificultades de sostén tendrán que ver con una reconfiguración del orden familiar, dónde los adolescentes no encuentran su lugar, quedando más bien desorientados (Amadeo, 2015).

La adolescencia actual es distinta a generaciones anteriores y es en parte por los valores sociales predominantes, donde lo que se mantiene es la necesidad de estos de confrontar con el mundo adulto (Janin, 2019). La fragilidad de las figuras que podrían ser orientadoras o posibles modelos de identificación para el adolescente son una característica de la época actual (Amadeo, 2015). El adolescente se encuentra en un momento dónde busca su propia identidad, para esto es necesario confrontar con los límites de un otro que ayude a ordenar y ganar independencia. Ser un adulto disponible no se trata de ser un modelo de identificación sino que trata de alguien puesto en cuestión (Lutereau, 2019).

La Masculinidad en las Conductas de Riesgo

Tomando en consideración entonces lo desarrollado hasta el momento, es que resulta necesario hacer mención de una de las posibles conductas de riesgo a las cuales se exponen los adolescentes: la conducción inapropiada. Ya sea por velocidad, por el uso de vehículos sin medidas de seguridad o distintas formas de exponerse no respetando las normativas de tránsito, se observa su participación significativa en esta forma de siniestros de tránsito. Cuando se hace mención a siniestros de tránsito, se hace referencia al evento resultante del impacto de un vehículo o más, de causa o causas identificables, pudiendo ser prevenible o evitable (Unidad Nacional de Seguridad Vial [UNASEV], 2025).

En esta línea, la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2024) en su informe sobre seguridad vial para el año 2023, manifiesta que resulta un tema crucial, en tanto se considera la principal causa de mortalidad en adolescentes. Por su parte en Uruguay, la UNASEV (2025) expresa que en 2024 los siniestros de tránsito aumentaron un 4.9% en relación al año anterior. Señalan que el 55.5% del total de los lesionados están en la franja de edad entre los 15 y 34 años, donde el segundo grupo más afectado se encuentra entre los 15 y 19 años con un total de 3752 personas lesionadas. En relación al total de lesionados entonces, la predominancia se observa en dos aspectos, en la utilización de

motos y en las edades menores a 34 años, donde a su vez en dichas circunstancias, el sexo masculino es el prevalente, a quien le corresponde el 80% de los fallecidos.

En consonancia, Le Bretón (2011) dirá que los varones son los más afectados en general por las conductas de riesgo, con mayor mortalidad y consecuencias físicas. El vehículo para el adolescente es un instrumento que le permite ganar independencia de sus padres, es erotizado, es una identidad prótesis, por la compensación que brinda, la cual le permite sacar lo mejor y peor de sí mismo, sintiéndose invulnerable por una sobrestimación de sus capacidades, otorgando un sentimiento de valor y coraje.

La diferencia entre hombres y mujeres está dada por cómo la sociedad marca los caminos para la realización de cada uno desde una categorización sexual, de aquí cómo transita el adolescente varón, no en referencia a una diferencia anatómica, sino en posiciones simbólicas (Lutereau, 2019).

El género constituye por tanto, prácticas que remiten de manera permanente a los cuerpos y a sus acciones, no limitándose a lo corporal, sino que se sostiene en lo social, por lo que se trata de una visión reduccionista querer plantearlo en términos estrictamente biológicos (Connell, 2015). Cada uno de los sexos son el resultado de la construcción social que los produce como cuerpos diferenciados del opuesto, configurando así disposiciones viriles o femeninas por contraste. Esta formación del cuerpo no se realiza únicamente mediante una enseñanza explícita, sino principalmente a través de un orden social organizado según una división androcéntrica, mediante rutinas, prácticas y rituales, que imponen diferenciaciones, como la distribución de actividades o la exclusión de ciertos espacios (Bourdieu, 2000).

El género por tanto, sólo puede ser considerado en el orden de lo relacional, concebido como una construcción socio-histórica que envuelve otras variables (Schongut, 2012). Sin embargo, existe una división socialmente construida entre los sexos que se da como natural y legítima, que ratifica la dominación masculina (Bourdieu, 2000). Esto se encuentra naturalizado, inscripto en una diferencia sexual en el orden de lo social, provocando una división por categorías en oposición en el marco de lo masculino/femenino, atributos construidos socialmente en sistemas dicotómicos (Schongut, 2012). De este modo, los registros culturales de las sociedades muestran tener el concepto de género, pero no el de masculinidad, tomando las acciones personales y lo relacional como un carácter polarizado (Connell, 2015).

El concepto de masculinidad hegemónica viene a poner de manifiesto las artistas que enmarcan a la masculinidad, no siendo una sola, sino un interjuego entre variados componentes, Connell (2015) dirá que es siempre móvil, que encarna lo aceptado culturalmente como un todo, pero advierte que dentro hay configuraciones de prácticas en las relaciones de los hombres como son la subordinación, complicidad, marginación,

siempre cambiante y en relación con otras estructuras, que hace que no se pueda definir como algo fijo sino dinámico.

El concepto de hegemonía tiene su origen en la obra de Antonio Gramsci, quien plantea cómo una clase dominante controla aspectos centrales de la sociedad, e introduce sus propias definiciones que se consolidan como ideas predominantes, contando con el consentimiento de grupos dominados. Por su parte, el concepto de masculinidad hegemónica fue utilizado por primera vez en investigaciones que fueron parte de un artículo publicado en 1985 donde en referencia a los hombres se trataba la inequidad social, la construcción de masculinidad y sus experiencias corporales, y el rol de estos en la política australiana. Posteriormente, están los aportes de Demetriou quien expresa que hay dos formas de masculinidad hegemónica, una externa en relación a la dominación sobre las mujeres y una interna que refiere a la subordinación de un grupo de hombres para con otro (Schongut, 2012).

De esta forma se plantea que “La masculinidad (...) es al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura” (Connell, 2015). Es así, que los varones tienden a tomar prácticas conformes a la diferenciación social para su sexo, como ritos que muchas veces son organizados por sus pares, de esta forma los sexos marcan la división de las prácticas, situando a lo masculino en lo exterior, en lo público, en los actos peligrosos (Bourdieu, 2000).

Por lo que, las conductas de riesgo se inscriben en una connotación social de género, ya que los varones a diferencia de las mujeres suelen exponerse para demostrar virilidad (Le Bretón, 2017). Se observa así una similitud en las sensaciones producidas por las distintas conductas de riesgo, pudiendo sentirse todo poderoso, librarse al azar, sentir un salto al vacío, donde experimentan además, su mejor versión, buscando eximirse de las angustias, procurando tener el control sobre su existencia. El varón adolescente a través de la velocidad exhibe su virtuosismo delante de los ojos de sus pares, para mostrarse a la altura, una demostración de su virilidad que refuerza su narcisismo por la satisfacción que le produce la transgresión. En consonancia, diversos estudios muestran que los varones se exponen a conductas de riesgo en búsqueda de límites, poniendo su cuerpo contra el mundo, enfrentando la muerte, conductas que son valorizadas por remitir una imagen de virilidad, de coraje, de agallas, demostrando excelencia y afirmación de sí mismo (Le Bretón, 2011).

La masculinidad resulta entonces un objeto del cual no puede hacerse un saber coherente o generalizador, por esto es necesario que se contemple una estructura y cómo se ubican las masculinidades en ella, así como un análisis de las relaciones de género, para

distinguir por tanto los tipos de masculinidades y comprender los cambios (Connell, 2015). La masculinidad no es un producto homogéneo, trata de un proceso de negociación y reconfiguración, un conjunto de prácticas de relaciones y roles, que se construye no solo por la subordinación femenina, sino también por otras formas de masculinidades (Schongut, 2012).

La masculinidad se entiende así más allá de la inscripción en el cuerpo, o en los rasgos de la personalidad, sino que más bien, resultan configuraciones de prácticas que se despliegan en la acción social y varían según cada contexto (Connell et al., 2021). En esta línea, el grupo de pares despliega una eficacia simbólica que favorece la transformación de la percepción de sí, al reconocerse como hombre, donde los ritos de pasaje legitiman la pertenencia a un sexo, mediante marcas corporales, dando continuidad a la trama colectiva y las representaciones que la sostienen, identidad que estará bajo la mirada de los otros (Le Bretón, 2014).

Efectuar una conducta de riesgo bajo la mirada de los otros, brinda un momento de intensidad, un sentimiento de valor y coraje, por una transgresión que hace alarde de una potencia personal, de destreza y virtuosismo, sentimientos que exponen a otros publicidad de valorización de la velocidad y estigmatización para los prudentes (Le Bretón, 2011). La construcción simbólica de las representaciones de los cuerpos es duradera e impone los usos de estos, especialmente desde el plano biológico, es así que surge la figura del hombre viril (Bourdieu, 2000), ya que el varón se identificará con la exposición, con la demostración de potencia (Lutereau, 2019).

Se entiende así, que muchas de estas conductas que provocan los accidentes son ejercidas por miedo a perder la admiración, la estima del grupo, donde la valentía está en no optar por medidas de seguridad y desafiar el peligro, para no verse como débiles, mujercitas o cobardes (Bourdieu, 2000). Las conductas de riesgo son entendidas como una forma de encontrar valoración, mostrando a los otros que puede actuar con agallas, que tiene habilidades y capacidades, donde las debilidades no le conciernen (Le Bretón, 2011).

A modo de síntesis, el orden social se construye en una realidad sexuada de los cuerpos, siendo una justificación natural la diferencia de los órganos sexuales, masculino y femenino, proyectándose así por todas las dimensiones sociales (Bourdieu, 2000). La masculinidad para gran parte de la sociedad es vista como un deber-ser, entendido como disposiciones naturales que marcan la forma de comportarse, actuar, pensar, mover el cuerpo, como si se tratase de una fuerza superior, producto de una construcción social que impone al hombre afirmar su virilidad, su honor, como un ideal que certifica la pertenencia al grupo de *hombres auténticos* (Bourdieu, 2000).

Reflexiones finales

En la actualidad son frecuentes las noticias que involucran a los adolescentes con la imprudencia en el uso de vehículos. Como se expuso, las estadísticas muestran que mayoritariamente son varones adolescentes quienes corren mayores riesgos. Por esto se buscó vislumbrar en este trabajo una posible mirada a esta problemática, ya que considerarlo como algo propio del comportamiento adolescente resulta reduccionista para comprender lo que acontece en el transitar de esa edad. A su vez, los informes de UNASEV evidencian que los siniestros de tránsito van en aumento por lo que se puede pensar que las medidas de prevención no están generando los resultados esperados. Es así que se consideró pertinente poder pensar desde los aportes del psicoanálisis, en el malestar y desarrollo psíquico de los adolescentes, entendiendo que pueden ser condiciones precipitantes de las conductas de riesgo y sus significaciones, buscando a su vez problematizar las representaciones en torno a la masculinidad.

Por lo que en síntesis con lo reflexionado en el presente trabajo, la adolescencia implica una transformación psíquica que supone adaptarse a una nueva imagen de sí, el duelo por la pérdida del cuerpo infantil y del lugar que ocupaba como tal en el contexto familiar, es así que buscará nuevos ideales que le permitan construir su identidad. En esta transición el adolescente tenderá a confrontar con las figuras parentales para lograr desprenderse de ellas. En este punto radica la relevancia del contexto familiar, cultural y sociohistórico, ya que será su entorno cercano quienes puedan funcionar como sostén y orientación en este tránsito. Asimismo, la cultura de pertenencia y el momento sociohistórico marcarán de manera decisiva los recorridos posibles según el género.

En la actualidad se hacen presentes los avances tecnológicos que posibilitan la comunicación constante y el mostrarse, sin embargo, se asiste a una era del vacío, donde el Otro no aparece como disponible, y dónde la imagen del padre se encuentra debilitada, dificultando con quien confrontar. Es de esta forma que el adolescente buscará nuevos ideales, salirse del vínculo parental y su identidad en el grupo de pares.

Como se describió es una transición que genera malestar en el adolescente, pero sí además no hay un otro orientador y que brinde sostén puede hacer que este momento sea más angustiante, de este modo es que pueden surgir los fenómenos de *Acting Out* y/o Pasaje al acto, el primero en búsqueda de dar un mensaje a un Otro, el último ya cuando hay un desborde que provoca salirse de escena.

De esta manera el adolescente llevará a la acción su malestar mediante las conductas de riesgo, que en algún caso podrá dar una significación al adolescente, como una forma de aferrarse a la vida, por el contrario, cuando no hay un Otro que atienda ese

mensaje o no hay tal significación, el adolescente podrá entrar en una compulsión de repetición hasta que pueda recordar y reelaborar lo vivido.

Por otra parte, se puede actuar las conductas de riesgo como una forma de valía tras una construcción social de masculinidad, aquí la relevancia de poder problematizar la masculinidad desde la noción de masculinidad hegemónica, ya que la misma puede ser entendida en un contexto relacional, y en el adolescente como forma de pertenecer y construir una identidad. Esto llevaría a la reflexión sobre cómo abordar dichas conductas, donde de acuerdo con lo desarrollado es que se vuelve necesario un abordaje interdisciplinario de la problemática, donde se involucren distintos saberes, incluido el psicoanálisis ya que permite evidenciar las posibles significaciones de los actos.

Por otro lado, en lo que respecta al espacio clínico, se entiende desde la bibliografía consultada para esta elaboración, la necesidad de acompañar al adolescente en su propia búsqueda, funcionar como un Otro auxiliar que permita favorecer el tránsito adolescente, como un aliado transitorio, tanto para él como para su entorno. Funcionando así como un operador, que da orientación al adolescente, facilitando el alcance de un significante nuevo producido en el análisis, sostenido en la transferencia.

Si bien este desarrollo resulta acotado, permite dar luz a una problemática actual, considerando a la misma no como un objeto de posible definición, sino como una dinámica relacional dónde interjuegan variados aspectos, se espera que estas reflexiones contribuyan a generar nuevas interrogantes que posibiliten problematizar y generar un espacio interdisciplinario para la elaboración de medidas de prevención en las conductas de riesgo adolescentes.

Referencias Bibliográficas

Aberastury, A. y Knobel, M. (2010). *La Adolescencia normal: un enfoque psicoanalítico*. Paidós.

Abadi de Taraciuk, C. (1990). Adolescencia: vicisitudes del cambio. *Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina*, 47(04), 708-723. https://www.apa.org.ar/_apa/download/REVAPA19904704p0708Abadi.pdf

Amadeo, D. (2015). *El adolescente actual*. Altuna Impresores SRL

Barredo, C. E., y Paulucci, O. A. (1999). Clínica de la angustia: acting-out y pasaje al acto. *La Peste de Tebas*, (13), octubre. https://www.comunidadrussell.com/cursos/curso_descripcion.asp?CursoID=121

Bourdieu, P. (2000). Una imagen aumentada. En *Bourdieu, P. (2000). La dominación masculina (cap, 1, 17-72)*. Anagrama <https://www.nomasviolenciacontramujeres.cl/wp-content/uploads/2015/09/Bordieu-Pierre-la-dominacion-masculina.pdf>

Connell, R. W. (2015). La organización social de la masculinidad. En *Connell, R.W. (2015). Masculinidades, cap.3, 101-122*. Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM. <https://www.eme.cl/wp-content/uploads/2025/08/2015-connell-masculinidades.pdf>

Connell, R. W., Messerschmidt, J. W., de Stéfano Barbero, M., y Morcillo, S. (2021). Masculinidad hegemónica. Repensando el concepto. *RELIES: Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, (6), 32-62. (Trabajo original publicado en 2005). <https://www.upo.es/revistas/index.php/relies/article/view/6364/5351>

de Oliveira, J., Bolaños, D. y Ferreira, B. (2020). Nombre propio, nombre sustituto y apodos: la adolescencia entre el yo y el Otro. *Revista Affectio Societatis*, 17(33), p. 133-155. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/8171583.pdf>

De Lellis, J. C. (2022). La construcción del concepto adolescencia en la época actual y sus efectos en la clínica (Tesis de maestría). Maestría en Clínica Psicoanalítica.

https://ri.unsam.edu.ar/bitstream/123456789/2471/1/TMAG_EIDAES_2022_DLJC.pdf

Douglas, M. (1996). Percepción del riesgo. En *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales* (pp. 57–71). Barcelona, España: Paidós.
<https://es.scribd.com/document/469406090/Douglas-La-aceptabilidad-del-riesgo-pdf>

Erikson E.H. (2004) *Sociedad y adolescencia*. Siglo XXI editores, s.a. 19 edición en español.

Flechner, S. (2000). La clínica actual de pacientes adolescentes en riesgo: ¿un nuevo desafío? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (92).
<http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1440>

Flechner, S. (2009). Más allá de los límites; la conflictiva adolescente, riesgos y desafíos. (2009). *Revista Uruguaya De Psicoanálisis*, 109, 200-217.
<https://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200910912.pdf>

Frías Osuna, A. (2006). *La cultura y las conductas de riesgo en adolescentes* (Tesis doctoral). Universidad de Granada
<https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/903/16052997.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Freire de Garbarino, M. (1963) *Identidad y adolescencia*. *Revista Uruguaya De Psicoanálisis*, 5(2-3), 230-250.
<https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/451>

Freire, de Garbarino M. y Maggi de Macedo, I. (1992) *Adolescencia II*. Roca Viva.

Freud, S. (1991). Recordar, repetir y reelaborar. En *J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas* (volumen 12, pp. 145–158). Amorrortu (Trabajo original publicado en 1914).

Freud, S. (1992). La interpretación de los sueños. En *J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas* (Volumen 4, pp. 1-344). Amorrortu (Trabajo original publicado en 1900).

Freud, S. (1992). Tres ensayos de teoría sexual. En *J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas* (Volumen 7, pp. 109-210). Amorrortu (Trabajo original publicado en 1905).

Freud, S. (1992): Introducción del narcisismo. En *J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas* (Volumen 14, pp. 65-98). Amorrortu (Trabajo original publicado en 1914).

Freud, S. (1992). Organización genital infantil. En *J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas* (Volumen 19, pp. 141-150). Amorrortu (Trabajo original publicado en 1923).

Freud, S. (1992). El sepultamiento del complejo de Edipo. En *J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas* (Volumen 19, pp. 177-188). Amorrortu (Trabajo original publicado en 1924).

Freud, S. (1992). De guerra y muerte. Temas de actualidad. En *J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas* (Vol. 14, pp. 290-301). Amorrortu (Trabajo original publicado en 1915)

Freud, S. (1992). Más allá del principio de placer. En *J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas* (volumen 18, pp. 1-62). Amorrortu (Trabajo original publicado en 1920).

Garbarino, M. y Garbarino, H. La adolescencia. (1961). *Revista Uruguaya De Psicoanálisis*, 4(3), 453-464. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/674>

Garbarino, H., Freire de Garbarino, M. y Maggi de Macedo, I. (1987). *Técnica en Psicoanálisis del Adolescente*. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (65), pp. 1-10. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/777>

Greenacre, P. (1993). Problemas generales del "Acting-Out". En *Izcoovich, L. (1993). Infortunios del acto analítico*, 15-29. Atuel.

Janin, B. (2015). Adolescencia: reorganizaciones psíquicas y aperturas. En G. Donzino & S. Morici (Comps.), *Culturas adolescentes: subjetividades, contextos y debates actuales* (pp. 37–46). Noveduc.

Janin, B. (2019). *Infancias y adolescencias patologizadas: la clínica psicoanalítica frente al arrasamiento de la subjetividad*. Noveduc.

Jeammet, P. (2002). La violencia en la adolescencia: una respuesta ante la amenaza de la identidad. *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, 33(34), 59–91.
<https://www.studocu.com/es-mx/document/universidad-iusam/psicologia/philippe-jeammet-la-violencia-en-la-adolescencia-una-respuesta-ante-la-amenaza-de-la-identidad-1-2/100412190>

Jiménez-Betancourt, R., y García Valdez, R. (2021). Acting out y pasaje al acto: Hacia una ética del acto suicida. *Revista Affectio Societatis*, 18(34), 1–25.
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/8171590.pdf>

Kancyper, L. (1990). Adolescencia y desidentificación. *Revista de Psicoanálisis*, 47(4)
https://www.apa.org.ar/_apa/download/REVAPA19904704p0750Kancyper.pdf

Kancyper, L. (2013). Adolescencia: El fin de la ingenuidad. *Querencia. Revista de Psicoanálisis*, (14), 45-55.
<https://revista.psico.edu.uy/index.php/querencia/article/view/158>

Krauskopf, D. (2003). Juventud, Riesgo y Violencia. Publicado en *Dimensiones de la Violencia*. Seminario Permanente sobre Violencia. PNUD. El Salvador.

Krauskopf, D. (2007). Sociedad, adolescencia y resiliencia en el siglo XXI. En *Adolescencia y resiliencia*. Paidós.

Lacan, J. (1957-58). El seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente. Paidós. Cap. X y XI

Lacan, J. (1962–1963/2007). El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia. Paidós.

Lacan, J. (2009). El estadio del espejo como formador de la función del yo. En Escritos 1. Siglo XXI

Laplanche, J., y Pontalis, J.-B. (1996/2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós

Le Breton, D. (2011). *Conductas de riesgo: De los juegos de la muerte a los juegos de vivir*. Topía Editorial.

Le Breton, D. (2014). *Una breve historia de la adolescencia* (V. Goldstein, Trad.). Nueva Visión.

Le Breton, D. (2017). *El cuerpo herido: Identidades estalladas contemporáneas* (C. Trosman, Pról.). Topía Editorial.

Lutereau, L. (2019). *Esos raros adolescentes nuevos. Narcisistas, desafiantes, hiperconectados*. Paidós.

Luzuriaga, M. (2013) La invención de la adolescencia: una visión histórica y transcultural. En *Barrionuevo, J. (comp.). (2013). Adolescencia: clínica psicológica y psicoanalítica institucional, 15-44.* delHospital Ediciones. https://www.researchgate.net/publication/335210065_La_invencion_de_la_adolescencia_una_vision_historica_y_transcultural

Moguillansky, C. (2015). Narcisismo en el análisis con niños y adolescentes. *Revista Psicoanálisis*, 37(1), 31-42. <https://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2017/08/Carlos-Moguillansky.pdf>

Nasio, J.D. (1996). *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*. Gedisa.

Nasio, Juan David (2012). *Cómo actuar con un adolescente difícil: consejos para padres y profesionales*. Paidós.

Ojeda, E. (2016). La adolescencia como reflejo de fallas narcisistas desencadenadas por una historia de abandono y rechazo. (Tesis Maestría). UNAM. <https://tesiunamdocumentos.dgb.unam.mx/ptd2016/abril/0742918/0742918.pdf>

Organización Mundial de la Salud. (2024). Informe sobre la situación mundial de la seguridad vial 2023. <https://www.who.int/es/publications/i/item/9789240086517>

Rodriguez, I. (2018). Psicoanálisis, adolescencia y lazo social: líneas sobre una clínica de lo contemporáneo. En *Singer, F. y Zapata, M. (Comp.), Psicoanálisis en la universidad. La experiencia de la Clínica Psicoanalítica de La Unión*, 140-151.

Schongut Grollmus, N. (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2(2), 27–65. <https://revista.psico.edu.uy/revpsicologia/article/view/119/73>

Unidad Nacional de Seguridad Vial (2025, abril 10) Quinto Informe de Gestión y Estadística de Seguridad Vial https://www.gub.uy/unidad-nacional-seguridad-vial/sites/unidad-nacional-seguridad-vial/files/2025-04/2024_Informe%20Anual%20de%20Siniestralidad%20Vial_0.pdf

Uribe Aramburo, N. (2011). Adolescencia y ritos de transición. Una articulación del psicoanálisis postfreudiano y lacaniano. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 2(2), 192–209. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5123807.pdf>